3.14. bis

EL PELIGRO FASCISTA

J. Solé-Tura

El terrible atentado [redacted] de Brescia ha puesto una vez más sobre el tapete la cuestión del fascismo como peligro inmediato.

Lo que está ocurriendo en Italia no es casual. Hace ya tiempo que se viene denunciando la creciente colusión de los activistas fascistas con sectores del Ejército. El Movimiento Social Italiano es algo así como el sector legal de toda [redacted] esta operación, aunque es muy posible que pronto sea desbordado por el otro, es decir, por el sector ilegal y activista.

Si el fascismo italiano no había reaparecido con la fuerza con que lo hace ahora es porque la Democracia Cristiana tenía todavía potencia [redacted] suficiente para aglutinar políticamente a las clases dirigentes [redacted] La progresiva pérdida de fuerza por parte de la Democracia Cristiana ha ido acompñada de un rebrote igualmente progresivo del fascismo, como posible alternativa de la derecha. En definitiva, tanto la DC como el fascismo se basan en una aspiración interclasista. Sus bases son muy diferentes, evidentemente, y su proyección política también. La DC es un partido interclasista en régimen de libertades; el fascismo un partido o movimiento interclasista en régimen de dictadura. La diferencia es fundamental, y no pequeña como se ve. Pero la relación entre unom y otro es también innegable, en un

sentido muy preciso: ambos son o han sido soluciones políticas de las clases dominantes, en contextos históricos diferentes. En Italia, por ejemplo, las clases dominantes, que habían consolidado su dominación con el fascismo, la conservaron con la Democracia Cristiana.

Digo esto, no por afán de maximalismo, sino para poner de relieve algo muy concreto: que la ofensiva del fascismo en Italia está muy directamente ligada a la incapacidad de la Democracia Cristiana de seguir manteniendo el control político exigido por las clases dominantes, en un momento de acentuación de la crisis económica y de auge de las luchas populares.

La Democracia Cristiana intentó un esfuerzo supremo para reafirmarse como fuerza hegemónica con la cuestión del divorcio. Y fracasó. El fascismo aparece ahora como aspirante al relevo.

Su táctica es clara. Sembrar el caos, la confusión, destruir la seguridad, inquietar a la pequeña burguesía para movilizarla luego con consignas de orden.

Y ante esta táctica no vale la solución de mantener a la Democracia Cristiana como único dique. Para decirlo de otra manera, más general: frente a una extrema derecha que se organiza, se define y pasa a la acción, no cabe otra barrera eficaz que una nueva coalición de sectores democráticos que desencadene las energías antifascistas del pueblo.

Los comunistas italianos proponen ahora a la Democracia Cristiana una alianza basada en un "compromiso histórico". Esta es una parte de la cuestión. Pero sólo una parte.

En definitiva, no hay que olvidar que los fascismos se han impuesto históricamente en situaciones de

"equilibrio catastrófico", como decía Gramsci. Y esto significa algo muy concreto: que las clases dominantes han perdido circunstancialmente los instrumentos políticos que aseguraban su cohesión y su dominación, pero las clases populares no están en condiciones políticas ni organizativas de tomar el poder. Una situación de este tipo puede prolongarse, dando lugar a una inestabilidad política que no se resuelve en un sentido claro. Y este es un buen caldo de cultivo para las resistibles ascensiones de los grupos fascistas.

El único antídoto real es la consolidación de las libertades democráticas. Y la mejor garantía para ello es la movilización política de las energías populares. Esto significa algo más que un "compromiso histórico". Es, desde luego, un compromiso político; pero no un pacto social. Es un compromiso móvil, que debe permitir la modificación de la correlación de fuerzas inicial, no congelarla.

En Italia, por ejemplo, se está librando ahora una dura lucha en el terreno económico y social. La crisis económica es afrontada por la patronal con medidas de emergencia que tienden a mantener unas tasas altas de acumulación y a descargar sobre las espaldas trabajadoras el peso principal de las dificultades. La batalla se sitúa, pues, a muchos niveles. Y no cabe duda que el peligro fascista, bien manipulado, puede ser una forma de frenar las luchas populares. Es algo así como un juego con doble baraja: se aduce el peligro fascista para que los sectores populares no vayan demasiado lejos; pero si con esto no las frenan, el fascismo puede ser una baza final. Esto es lo que hizo, por ejemplo, el gran capital alemán en los años veinte y treinta, cuando financiaba a la vez a los partidos de la derecha parlamentaria y a los grupos fascistas.

La cuestión tiene, pues, varios aspectos. y no puede resolverse con cuatro fórmulas generales. Pero si [redacted] diversos son los aspectos, una sola es la salida. No se puede luchar eficazmente contra el peligro fascista recortando las

libertades políticas.

Este es el aspecto clave de la cuestión. Entre fascismo y libertades no caben los compromisos. Cada recorte dado a las libertades es una baza que se entrega al fascismo; cada libertad limitada es una palanca para el ulterior desarrollo del fascismo.

Está claro que las libertades políticas tienen un significado diferente para las distintas clases sociales. Pero también está claro -- o debería estarlo -- que el fascismo es la negación de todas las libertades.

En Italia, la Democracia Cristiana no es ya el partido capaz de resolver las contradicciones de las clases dirigentes con garantías de estabilidad. Por eso mismo no es tampoco ninguna garantía sólida contra el fascismo. Esa garantía tiene que encontrarse en una coalición política más vasta, en la que junto a algunos sectores de la propia Democracia Cristiana entren grupos políticos hasta ahora marginados del sistema. Pero esa coalición tampoco servirá de mucho si se hace y mantiene por arriba, pues la crisis de la D.C. ha arrastrado la crisis de varios aparatos del propio Estado y éstos se encuentran seriamente divididos, con importantes infiltraciones fascistas. La coalición sólo será efectiva si moviliza de verdad al pueblo, es decir, si aparece y actúa no sólo como dique defensivo sino también como plataforma de cambios reales.

Esto es una contradicción, ciertamente. Pero ya se sabe que la historia avanza -- aunque a veces dé la sensación de retroceder -- a golpes de contradicciones. Y hay momentos en que las clases privilegiadas tienen que optar entre jugar el todo por el todo -- con riesgo de perderlo, naturalmente -- o preservar lo que puedan pagando un cierto precio. Es lógico que los demás traten de hacerles pagar ese precio lo más alto posible.

"El Noticiero Universal" 8 - 6 - 74